

Federico Zurita Hecht

**Supervivencia y caducidad del carácter actual de la enunciación histórica:
el caso de *Literatura hispanoamericana actual* de Luis Sáinz de Medrano**

Universidad Alberto Hurtado, Chile

federico.zurita@gmail.com

Los discursos históricos aluden a una realidad histórica que no está en el relato más que como representación de ésta. Tal distinción entre hechos relatados y relato de aquellos hechos nos permite pensar en la secuencia de dependencia lógica entre la historia (los hechos o realidad histórica) y el relato (discurso histórico). Inicialmente estamos en condiciones de afirmar que la historia (como acontecimiento) permite que se construya, a partir de ésta, el relato. Esta secuencia, debemos advertir, no está completa pues Gérard Genette considera, tanto para el relato factual como ficcional, un tercer elemento que la compone. Oswald Ducrot y Jean Marie Schaeffer sintetizan las palabras de Genette al señalar que “el orden de dependencia lógica es el siguiente: historia (los acontecimientos denotados), narración (la enunciación del relato), relato (el producto sintáctico y semántico del acto narrativo)” (651).¹

En relación con la forma en que la narración y la historia se vinculan a partir de la variable tiempo, los discursos históricos pueden presentarse mayormente de acuerdo con la modalidad definida como narración ulterior, que es la que “se corresponde con la situación narrativa

¹ El orden de dependencia 1) historia, 2) narración y 3) relato, es propia, dirá Genette y sintetizarán Ducrot y Schaeffer, del relato factual. El relato ficcional, en cambio, llevará a la historia desde el punto de partida de esta cadena de dependencia al punto de llegada, quedando la organización de la siguiente forma: 1) narración, 2) relato, 3) historia. Esto, porque la historia “no existe más que como una proyección mental inducida por el relato” (Ducrot y Schaeffer 651). Más adelante profundizaremos en las posibles distinciones entre Historia y Literatura.

² Es importante no dejar de mencionar que, además de la narración ulterior, existen la narración anterior, simultánea

‘normal’” (Ducrot y Schaeffer 662).² Es decir, se trataría de una narración que presenta una serie de hechos ocurridos con anterioridad y, por tanto, el tiempo en que se enuncian esos acontecimientos sería ulterior a los mismos hechos. Esta condición de narración ulterior nos permite pensar que el momento de enunciación se realiza en un tiempo determinado que puede ser identificado, ya sea por marcas que la misma narración ofrece o –recordemos que hablamos de discursos históricos– por especificaciones paratextuales³, como la fecha de publicación del texto, por ejemplo.

Reparar en que la enunciación se lleva a cabo en un tiempo específico, nos invita a pensar que esa condición de presente, dada por el acto de narrar, cesa una vez que se ha realizado la enunciación (publicación) de determinado discurso histórico. Así, no sólo los hechos referidos por la narración –que siempre, en su existencia en el texto, fueron anteriores– se nos presentan como pretéritos. También experimenta, ahora, esa condición el acto de narrar o enunciar, el que, mientras se narra, se manifestaba como un presente. Lo que sucede es que ese presente ya ha ocurrido y se ha vuelto pretérito. Frente a esta reflexión comenzamos a interrogarnos sobre el carácter actual que la enunciación de discursos históricos podría poseer en medio de la inevitable circunstancia en que una enunciación presente se convierta en palabra antigua.

Al ser la literatura el objeto a historizar, tomamos conciencia de que ésta se produce en un momento contextual determinado con el que inicialmente dialoga, pero que podría producir nuevos diálogos, pues tal como señala Jacques Derrida (358):

² Es importante no dejar de mencionar que, además de la narración ulterior, existen la narración anterior, simultánea e intercalada. Sin embargo, estas tres restantes, especialmente la anterior y la simultánea, serían más frecuentemente usadas en los textos ficcionales, mientras que la narración intercalada, al igual que la ulterior, puede aparecer tanto en relatos ficcionales como factuales.

³ El paratexto es definido por Gérard Genette como: “la relación, generalmente menos explícita y más distante, que, en el todo formado por una obra literaria, el texto propiamente dicho mantiene con [...] título, subtítulo, intertítulos, prefacios, epílogos, advertencias, prólogos, etc.; notas al margen, a pie de página, finales; epígrafes; ilustraciones; fajas, sobrecubiertas, y muchos otros tipos de señales accesorias, autógrafas o alógrafas, que procuren un entorno (variable) al texto y a veces un comentario oficial u oficioso del que el lector más purista y menos tendente a la erudición externa no puede siempre disponer tan fácilmente como lo desearía o pretendería” (11-12).

Un signo escrito, en el sentido corriente de la palabra, es así, una marca que permanece, que no se agota en el presente de su inscripción y que puede dar lugar a una repetición en la ausencia y más allá de la presencia del sujeto empíricamente determinado que en un contexto dado la ha emitido o producido.

Dice, también, Derrida (361):

Todo signo lingüístico, hablado o escrito (en el sentido ordinario de esta oposición), en una unidad pequeña o grande, puede ser citado, puesto entre comillas; por ello puede romper con todo contexto dado, engendrando al infinito nuevos contextos, de manera absolutamente no saturables.

De esta forma, los textos literarios pueden actuar en un nuevo contexto y producir nuevos significados que sean registrados por una nueva enunciación de discursos que historizan la literatura a partir de criterios que vinculen lo temporal con lo geográfico, cultural o temático. De la misma manera, los discursos históricos, en su alejamiento del momento de la inscripción –el presente–, pierden su condición de actual para, en su condición de pretérito, ser capaces de actuar en un nuevo contexto.

Hemos decidido tomar como herramienta para continuar con esta reflexión el texto *Literatura hispanoamericana actual* (1976) del académico español Luis Sáinz de Medrano. Esta historia de la literatura hispanoamericana de un período específico ofrece una enunciación que, al momento de su inscripción como narración ulterior de la producción literaria, se manifestaba como una construcción que ocurría en un presente. Esto, como ya advertimos, no es ninguna novedad pues toda enunciación de discursos históricos, mientras se realiza la enunciación, ocurre en un presente, en un momento denominado actual. La particularidad del texto de Sáinz de Medrano es que el objeto representado, la literatura hispanoamericana de un período específico, sería tan actual como la enunciación. Podríamos entender, a partir de este carácter actual del objeto representado, que la narración, en este texto, buscaría desechar la condición de ulterior y presentarse, en cambio, como narración simultánea. Sin embargo, esto es posible sólo en los textos ficcionales (ver nota 2). A partir del examen de este texto intentaremos reflexionar sobre la

supervivencia y caducidad del carácter actual de la enunciación de discursos históricos. Este examen contemplará revisar sus características como Historia de la Literatura a partir de una revisión de sus propuestas de temporalidad, delimitación del área y comprensión del objeto en relación con el acercamiento al estudio de los géneros literarios. Esto se completará con la reflexión en torno a la posibilidad que ofrece el texto de propiciar la circulación de conocimiento concebido, primero, como presente y, luego, como pretérito.

En la introducción del texto *Literatura hispanoamericana actual*, el autor señala que se ha propuesto

resumir en muy limitado espacio algunos aspectos esenciales de la literatura hispanoamericana contemporánea a partir, más o menos, de 1945, año en que finalizó la II Guerra Mundial, y que se inicia una nueva era muy concreta en todos los órdenes de la actividad humana (5).

Ese período que se inaugura “más o menos” en 1945 se cerraría a comienzos de la década del setenta, momento próximo al año 1976, fecha en que se publica este intento por formular un relato histórico de un período de la literatura hispanoamericana.

A partir de lo anterior, es posible comenzar a pensar el texto de Sáinz de Medrano como una Historia de la Literatura. De esta forma, considerando además la especificación paratextual, en el título, del carácter “actual” de lo enunciado, este intento por historizar un período de la producción literaria en Hispanoamérica nos permitirá desarrollar la reflexión antes planteada con profundidad. Pero para sostener que este texto constituye una Historia de la Literatura, es necesario pensar las características de los textos que se constituyen como Historia y de los objetos que se presentan historizados en estos textos. Desde esta perspectiva es importante pensar la historia como un relato y, como ya adelantábamos, a los relatos históricos como representación de un objeto. Ese objeto, en este caso particular, es la literatura, por lo que también, como objeto de la representación, debe ser delimitado.

La Historia como un relato y el relato como representación de un objeto

Inicialmente es importante señalar por qué el texto *Literatura hispanoamericana actual* puede ser considerado un relato histórico cuyo objeto a historizar es la literatura. Para iniciar esta reflexión hay que pensar en la relación Historia y Literatura. Ya en Aristóteles encontramos la distinción entre Historia y Literatura como dos modelos de representación diferentes. Aristóteles señala que “la diferencia está en que uno [la Historia] dice lo que ha sucedido, y el otro [la Literatura, o Poesía en palabras de Aristóteles], lo que podría suceder” (158). Se establece así la distinción entre un relato, el histórico, que busca constituirse con veracidad; y otro, el literario, que busca ser una construcción verosímil.

Pero, aunque esto último es importante, no debemos olvidar que más que la distinción entre las dos formas de conocimiento señaladas –o, incluso, más que las semejanzas que se puedan establecer al considerar que tanto la Historia como la Literatura se manifiestan como relatos que, de alguna forma, pueden constituir representaciones de la realidad–, lo que nos interesa, también, es la posibilidad de que una constituya el objeto de estudio de la otra. No olvidaremos, sin embargo, más adelante, la importancia, para este análisis, de las semejanzas entre Historia y Literatura.

El que la Historia cuente lo que ha sucedido no implica que no puedan existir múltiples relatos sobre el mismo acontecimiento, pues, como Hayden White advierte,

Para ser considerado histórico, un hecho debe ser susceptible de, al menos, dos narraciones que registren su existencia. Si no pueden imaginarse al menos dos versiones del mismo grupo de hechos, no hay razón para que el historiador reclame para sí la autoridad de ofrecer el verdadero relato de lo que sucedió realmente.” (*El contenido* 34).

Estas palabras nos permiten tomar conciencia del lugar destacado que ocupa en esta discusión la distinción entre los hechos y los discursos que aluden a esos hechos.

Ahora, al retomar lo que inicialmente es importante para esta discusión, destacamos que, tras el fin de los esencialismos propios de la búsqueda de verdades absolutas, situación que comenzaría a desarrollarse a mediados del siglo XX en occidente, “ahora la Historia tiene un papel fundamental: ofrecer explicaciones de los procesos históricos por medio de los cuales llegamos a constituir nuestra subjetividad” (Alvarenga 25). Podemos agregar que ningún relato histórico, cuya construcción se ha realizado con la sistematicidad que exige la generación de conocimiento desde las llamadas ciencias humanísticas, es más verdadero que otro construido bajo los mismos parámetros de exigencia. Esta afirmación insiste en que los discursos que aluden a determinados hechos no son aquellos hechos sino un relato de estos. Tomamos conciencia, entonces, de la naturaleza que recae en la Historia al constituirse como un relato y en la relación que ésta mantiene con los hechos referenciales que representa en su condición de narración.

Hayden White advierte que “la relación entre la narración histórica y la realidad histórica es ingenua [...] Los relatos, como los enunciados fácticos, son entidades lingüísticas y pertenecen al orden de los discursos” (*El texto* 190). Con esta distinción entre los acontecimientos históricos y el relato de estos acontecimientos, es posible afirmar que la Historia no reproduce la realidad sino que la representa. White se pregunta “¿Qué autoridad pueden demandar los relatos históricos, como contribuciones a un conocimiento cierto de la realidad en general y de las ciencias humanas en particular?” (*El texto* 108).

Representación de la literatura hispanoamericana

Conscientes del carácter representacional del relato histórico, nos podemos preguntar ahora qué es lo representado por el texto *Literatura hispanoamericana actual* de Luis Sáinz de Medrano. El título, en su condición paratextual, nos ofrece antecedentes de cuál es el objeto representado por este texto. Inicialmente, comprendemos que el objeto representado corresponde al desarrollo de la literatura en Hispanoamérica en un período determinado. Efectivamente, aunque el título no incluya el concepto Historia –como sí ocurre, por ejemplo, en *Historia de la literatura*

hispanoamericana de Enrique Anderson Imbert, *Historia de la literatura hispanoamericana* de José Miguel Oviedo, *Historia de la literatura hispanoamericana* de Julio Leguizamón, *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana* de Cedomil Goic o *Historia de la literatura latinoamericana* editada y coordinada por Roberto González Echeverría y Enrique Pupo-Walker, entre otros textos–, la especificación de que la literatura representada en este relato es la “actual” constituye una señal de que se trata de un relato de un período de la producción de la literatura en Hispanoamérica.

Ese período, considerado “actual” al momento de la publicación del libro –al momento de la enunciación–, está delimitado en su apertura por el fin de la II Guerra Mundial y en su cierre por el momento en que se realiza la enunciación del relato histórico, el que correspondería a los años próximos a la publicación del volumen. Sin pensar aún en las posibilidades reflexivas que ofrecen la supervivencia o la caducidad de la consideración de “actual” del objeto representado por este relato, este período constituido por aproximadamente tres décadas nos permite pensar el texto de Sáinz de Medrano como una Historia de una producción literaria específica.

En relación con esta periodización, *Literatura hispanoamericana actual* se propone, a partir de una narración o enunciación realizada a mediados de los años setenta del siglo XX, construir un relato que presente un comienzo, el ya mencionado punto de partida situado en el fin de la II Guerra Mundial; mientras que el final se presenta en la abrupta proximidad del presente o momento de la enunciación. Esto es equivalente a lo que White dice sobre la crónica, que

suele caracterizarse por el fracaso de conseguir el cierre narrativo. [...] [E]l autor de la crónica la representa [a la Historia] como si los acontecimientos reales se mostrasen a la conciencia humana en la forma de relatos inacabados. (*El contenido* 21).

Precisamente, el texto de Sáinz de Medrano puede ser considerado una crónica, la que es entendida por White como una forma de conceptualización histórica que se presenta como superior a la de los anales (ver *El contenido* 31), que a su vez “representan la realidad histórica como si los acontecimientos reales no mostrasen la forma de relato” (21).

Pero no sólo esta clase de final –que, en el contexto de un relato histórico, no se manifiesta como un cierre dado por acontecimientos que den término a un proceso– constituiría un problema, pues pese a que el comienzo del relato se articula a partir de un hecho de la historia de la cultura que se presenta como relevante, es una delimitación que no necesariamente se vincula al fenómeno representado: la literatura. Sáinz de Medrano dice, a propósito de la producción del género lírico registrada por esta historia de la literatura:

[N]o son pocos los poetas de hoy que desarrollaron buena parte de su producción en años anteriores a la fecha indicada en la Introducción [1945] y, naturalmente, las líneas poéticas actuales no representan necesariamente una ruptura sino una consecuencia respecto a aquella etapa. (9).

Pero proponemos que esto no respondería a la necesidad de articular un relato histórico que conecte su comienzo con el cierre de la etapa anterior, sino al intento de delimitar la periodización de un objeto, la literatura, con parámetros temporales de otro, la cultura. No por esto queremos afirmar que la literatura y la cultura no se desarrollen en conexión. Sin embargo, el texto estudiado toma un hecho histórico social como punto de partida de la revisión de la literatura, y no la relación entre aquel hecho y la producción literaria como punto de partida. Barthes, a propósito de la cándida relación entre la historia y la música hecha en un programa en la radio francesa –que identificaba, simplemente, la ocurrencia simultánea entre un hecho de la historia social y la composición de un concierto–, dijo:

He aquí dos continentes: por un lado el mundo con su profusión de hechos políticos, sociales, económicos, ideológicos; por otro lado la obra, en apariencia solitaria, siempre ambigua porque se presta a la vez a multitud de significados. El sueño sería, desde luego, que ambos continentes fueran formas complementarias, que distantes sobre el mapa se pudiera sin embargo, por medio de una traslación ideal, aproximarlos, encajarlos uno en el otro (174-175).

Más aún, podríamos considerar un desacierto que además ese parámetro cultural corresponda a la historia social de Europa y no a la de Hispanoamérica, sin negar los alcances

extraeuropeos de la II Guerra Mundial, influencia no visible categóricamente en el texto estudiado, o no presentada como influencia directa de los procesos sociales de Hispanoamérica, y a partir de esta, como contexto de la producción literaria.

Efectivamente, la articulación del texto en tres capítulos organizados por género literario responde a una revisión de la producción literaria a partir, en mayor medida, de la fecha esgrimida como punto de partida. Sáinz de Medrano dice, a propósito de la poesía de los países andinos, lo siguiente:

Jorge Enrique Adoum (1926) fue premio “Casa de las Américas” en 1960. En la primera parte de su obra es palpable la influencia de Neruda, determinada entre otras razones por haber sido Adoum secretario del poeta chileno. A partir de *Ecuador amargo* (1949) y aconsejado por el propio Neruda, Adoum ha ido buscando un acento más personal, como puede apreciarse en *Los cuadernos de la tierra* (1952-1964), *Antología del río Guayas* (1953), *Poesía del siglo XX* (1957) [...] Otros nombres: Ana María Iza, Ileana Espinel, Alicia Yáñez Cosío son bien representativos de la importante lírica femenina ecuatoriana. Rodrigo Pesántez, Fernando Cazón, Atahualpa Martínez, Francisco Araujo Sánchez son sólo parte de una larga relación de jóvenes que renunciamos a prolongar. (29).

Sobre la narrativa de Juan Carlos Onetti –el segundo capítulo, a diferencia del primero que está dividido por zonas geográficas, está organizado por autores destacados; ya nos detendremos a analizar estas subdivisiones–, Sáinz de Medrano señala:

Los intelectuales más sagaces comprenderán pronto cuál es la talla de este extraordinario narrador que va publicando una obra de extensión apreciable, formada por colecciones de cuentos y por novelas: *Tierra de nadie* (1941), *Para esta noche* (1943), *La vida breve* (1950), *Un sueño realizado y otros cuentos* (1953), *Los adioses* (1954), *El infierno tan temido* (1962), *La cara de la desgracia* (1960), *El astillero* (1963), *Juntacadáveres* (1964), *La novia robada y otros cuentos* (1968). Sin embargo, durante mucho tiempo Onetti permanecerá desconocido para el gran público, ignorado por influyentes sectores de la crítica y marginado en los concursos literarios. (71).

Y en la revisión del teatro mexicano, en el tercer capítulo –que sólo considera el de este país y el de Argentina–, dice sobre Xavier Villaurrutia:

Recuérdese *Parece mentira* (1933), *¿En qué piensas?* (1934), *Ha llegado el momento* (1934), *Sea usted breve* (1934), piezas cortas en las que para algunos críticos está el mejor Villaurrutia, y las más extensas *Invitación a la muerte* (1940), *La hiedra* (1941), *Juego peligroso* (1949), etcétera. Villaurrutia aporta también al teatro un lenguaje anticolorista, puesto sin concesiones al servicio de las ideas, que en ciertos momentos puede relacionarse con el del argentino Eichelbaum. (151).

Gran parte del relato presenta este tipo de enumeraciones narrativizadas que, como enumeraciones, se asemeja a la forma del anal; y como narración, se aproxima a la forma de la crónica. En ese sentido, el final de cada capítulo y subcapítulo –y de todo el texto– está dado por la imposibilidad natural de que esta narración ulterior se extienda por sobre el tiempo de la enunciación. Es un corte repentino en un presente que considera como actual lo que se ha escrito en las últimas tres décadas, tomando como referencia el momento en que la voz enuncia su *Historia de la Literatura*. A propósito de la poesía en los países andinos, el relato concluye de la siguiente forma:

Difícilmente se encontrará en Hispanoamérica una poesía más entrañada en la sustancia de uno de los países que la componen. La prueba de que Shimose ha encontrado ya un tono lírico totalmente personal nos la ofrece su último libro *Caducidad del fuego* (1975). (45).

Pero hoy podemos saber que *Caducidad del fuego* no es el último libro del poeta boliviano Pedro Shimose. Es sólo el quinto de un total de catorce que ha publicado hasta hoy.

Comprendida la delimitación del período de tiempo de la producción literaria en Hispanoamérica que ha sido historizado por el relato que conforma el texto de Sáinz de Medrano, es importante preguntarse por cuál es la Literatura que puede ser incluida en esta Historia. Esta pregunta nos permite reparar en dos nuevos cuestionamientos acerca de aspectos importantes del

objeto de estudio. Qué es Literatura y cuál producción literaria puede ser considerada hispanoamericana.

Para este texto, Literatura será la que pueda ser clasificada como Poesía (género lírico), Novela (género narrativo) o Teatro (al parecer, género dramático). Precisamente, el titular los tres capítulos como “Poesía” el primero, “Novela” el segundo y “Teatro” el tercero manifiesta la intención de estudiar los géneros literarios de forma independiente y en relación con lo que Valeria Grinberg, parafraseando a Dante Liano, denomina la “estrechez del concepto tradicional –es decir, europeo– de género” (101). Problemático es que esta organización de la literatura no dé cuenta, tal como nuevamente advierte Grinberg ahora parafraseando a Rolena Adorno, de las siguientes consideraciones:

[...] la literatura escrita en América (Central y Latina) es sincrética porque se trata de una literatura de contacto, de encuentro, aunque traumático y conflictivo, entre las culturas indígenas y la cultura europea. [Pero también porque] [p]articularmente en lo que respecta a las crónicas de la conquista, investigadores como Beatriz Pastor han podido demostrar que la crónica, en tanto que tipo textual, pertenece tanto a la historiografía como a la literatura. (102).

La clasificación de Sáinz de Medrano, sin embargo, ignora el ensayo –escasamente revisado– y las crónicas. Podría esgrimirse que ese carácter sincrético de la literatura en Latino o Hispanoamérica estaría sólo en su origen. Pero Grinberg advierte:

[...] a través de los siglos, las distintas prácticas escriturales centroamericanas han explorado y explotado la liminaridad entre la ficción literaria y la documentación histórica, muy especialmente desde aquellos géneros que, como la crónica, el ensayo, el testimonio o la novela histórica se sitúan precisamente en esa región equívoca entre la literatura y la historia, y juegan con ella (113).

Igual de problemático es que Sáinz de Medrano ignore el cuento y, al estudiar el género narrativo, sólo considere la novela. Ahí está Rulfo y *El llano en llamas*, podría argumentarse en

defensa de la elección organizacional expuesta en esta Historia de la Literatura. El autor, de hecho, señala:

En suma, la obra de Juan Rulfo está formada por dos libros: *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955). El primero, es una colección de cuentos; el segundo, es una novela [...] *El llano en llamas* anticipa en muchos sentidos la novela [...] Los diecisiete cuentos de *El llano en llamas* tienen como protagonistas a gente del pueblo, campesinos vencidos por la pobreza y la injusticia. (105).

Pero al decir “anticipa en muchos sentidos la novela”, podemos entender que se nos indica que *El llano en llamas* está ahí en función de estudiar *Pedro Páramo*. Jorge Luis Borges, que no escribió novelas, sólo cuentos, no forma parte de este capítulo y aparece sólo en el capítulo “Poesía”, en el momento en que se refiere a la producción en la región del Río de la Plata. ¿La narrativa de Borges no forma parte (o no es lo suficientemente relevante dentro) de la literatura hispanoamericana? ¿El cuento hispanoamericano no forma parte de la literatura hispanoamericana? Los autores de cuentos Gabriel García Márquez y Julio Cortázar sí aparecen en el capítulo “Novela” porque, además, fueron novelistas. Si el criterio para estudiar la literatura hispanoamericana consiste en que ésta pueda ser considerada actual, se vuelve significativa la exclusión de importante literatura actual al momento de realizada la enunciación de esta Historia de la Literatura ¿Cobra importancia el origen europeo de Luis Sáinz de Medrano?

En relación con este mismo problema, y quizás también con la concreción de un estudio de la literatura que la separe de la realidad social en la que ésta se produce, se manifiesta el estudio de los géneros literarios por separado y, más aún, organizados sus contenidos a partir de diferentes criterios de selección. Ya habíamos mencionado que el primer capítulo, “Poesía”, organiza su contenido a partir de la revisión de la producción dividida por zonas geográficas. Mackenbach, en un texto de 2008, advierte que

en los estudios literarios y culturales más recientes se ha hablado de zonas, regiones y subregiones culturales o literarias en América Latina: principalmente México, Brasil, los países andinos, la región del Río de la Plata, el Caribe y Centroamérica (xviii).

Sáinz de Medrano, en su historia de la literatura hispanoamericana, al estudiar la poesía utiliza categorías similares –Brasil naturalmente está excluida por no formar parte de Hispanoamérica–: México, Centroamérica, Antillas (Caribe según la categorización de Mackenbach), países andinos, Río de la Plata y –agrega– Paraguay. El capítulo “Novela” se organiza a partir de la revisión de la obra de ocho autores. Reparamos en que no necesariamente coincide su selección con las zonas geográficas del capítulo anterior –ninguno de los autores es de Paraguay–, lo que insiste en imposibilitar la interrelación del conocimiento ofrecido en los diferentes capítulos. Por último, el capítulo tercero, titulado “Teatro”, se detiene exclusivamente en la producción de México y Argentina.

Como toda región incluida en alguna Historia de la Literatura que no tenga la indicación de universal o mundial en su título, como *Historia universal de la literatura* de Santiago Prampolini, *Historia de la literatura universal* de Paul Van Thiegem, *Historia de la literatura universal* de Martín de Riquer o *Literatura mundial moderna* de Gero von Wilpert –aunque en muchos de estos casos pueda ser cuestionado el carácter mundial o universal de la revisión–, en el texto de Luis Sáinz de Medrano Hispanoamérica se presenta como una entidad. Pero qué define esa entidad. A propósito de la delimitación del área para un posible estudio de la Historia de la Literatura latinoamericana, Ana Pizarro señala:

Apuntar a criterios geográficos solamente, o lingüísticos o políticos aisladamente pareciera no bastar para dar cuenta de un proceso que implica tanto a la literatura de los conquistadores europeos –españoles, portugueses y otros– como a la literatura escrita en latín por los jesuitas expulsados a fines del siglo XVIII y publicada en Europa; tanto a la del Caribe latino como a las literaturas en lenguas indígenas; a las del Caribe no latino como a las literaturas del exilio masivo de los últimos años, escritas en lenguas diversas. ¿Qué pensar de las literaturas del Quebec en donde la Universidad de Montreal propicia un movimiento llamado “Unión de los latinos de América”, o de las literaturas de los grupos migratorios, como la de los chicanos por ejemplo, o la de los “hispanos” de Estados Unidos. (23).

El criterio de selección en *Literatura hispanoamericana actual* establece un proceso de delimitación menos complejo. Hispanoamérica podría ser una entidad contenida por otra mayor – Latinoamérica– y, a su vez, menos compleja, por lo que el texto de Sáinz de Medrano se constituye como una revisión de las literaturas “actuales” en lengua hispana realizadas en los países cuya lengua oficial es el español. El crítico y escritor guatemalteco Dante Liano dice, a propósito de las delimitaciones necesarias para estudiar la literatura centroamericana, que “toda Centroamérica es una arbitrariedad” (51). Más adelante agrega que

“[L]o centroamericano” resulta una abstracción necesaria para poder sacar adelante un cierto razonamiento, un instrumento de trabajo útil para poder entendernos. Mejor aún: un proyecto, una utopía, un deseo fuerte de defensa y ataque dentro de un mundo que se nos presenta tendencialmente homogéneo. (53).

Igualmente Hispanoamérica y “lo hispanoamericano” son el resultado de una abstracción necesaria que constituye una arbitrariedad. La particularidad de esta arbitrariedad, a diferencia de esas otras arbitrariedades sobre Centroamérica que Liano propone como parte del proyecto del que participa, es que corresponde a la visión de un europeo sobre la literatura en América. De esta forma, la visión propuesta se realiza a partir de criterios europeizantes. Sobre Octavio Paz señala:

Comenzó con franca tendencia surrealista; ahondó después en un simbolismo no muy complejo para llegar finalmente, tras contagio existencialista de la posguerra, al período iniciado en *La estación violenta* en el que se encuentra su expresión más personal, al reintegrar a la palabra todos sus poderes como evocadora y sobre todo como engendradora. (11-12)

Para Sáinz de Medrano pareciera ser que la poética de Paz fue mayormente estremecida por la posguerra que por la revolución mexicana o la lejana –aunque vigente en sus efectos– Conquista. No por esto negamos que su discurso haya sido, efectivamente, existencialista. Y a propósito del trabajo de Ernesto Cardenal dice:

En *El estrecho dudoso* y *Homenaje a los indios americanos*, el poeta recrea el pasado del Nuevo Mundo, no en un sentido arqueológico, sino vivificándolo y proyectándolo en el presente o hacia el futuro. Así cobran una nueva dimensión los personajes arrancados de las páginas de las crónicas de Indias y se yerguen ante nosotros los hombres que hicieron las grandes civilizaciones precolombinas. Cardenal se abandona aquí un poco a la sugestión de la mitificación, deja acaso de ser un poeta sociólogo para quedarse únicamente en poeta. (17).

Tal como Liano señala, parafraseando a Jorge Frisancho, “[s]i el criterio de legitimación de un escritor es el público que lo lee, cuando falta el público se recurre a otras estrategias de validación” (57-58). En Centro, Hispano y Latino América el público lector ha escaseado y paulatinamente la legitimación ha quedado en manos de unos pocos: la oligarquía hasta el siglo XIX, los mismos autores de tendencia progresista y las izquierdas ya entrado el siglo XX y más recientemente, en la última etapa de la época considerada actual por Sáinz de Medrano, es el modelo neoliberal el que se impone. En este último momento la legitimación del escritor está dada por “la capacidad de vender el mayor número de libros posibles” (60), lo que no es signo de que el público lector aumentara. Este fenómeno se relaciona, más bien, con

la conversión de muchas editoriales españolas en grupos transnacionales y [...] la crisis de los tradicionales centros culturales hispanoamericanos (México, Buenos Aires) a favor del fortalecimiento de Madrid y Barcelona como centros legitimadores de la cultura latinoamericana (61).

Creemos haber expuesto suficientes razones para sostener que los discursos que el texto de Luis Sáinz de Medrano pone a circular se relacionan con la posibilidad de que España construya simbólicamente a gran parte de América.

Literatura actual, mañana

Hemos tomado conciencia de cómo la enunciación realizada por Luis Sáinz de Medrano en su *Literatura hispanoamericana actual* ostenta esa condición de presente en un período determinado y que esta enunciación, además, se realiza desde un lugar –España– que no es sólo físico, sino también ideológico. El investigador español formula una visión desde un aquí y un ahora y ésta se articula organizando la información de forma utilitaria a partir de los criterios de observación y comprensión que establece ese aquí y ahora. Sin embargo, esta verdad no es más verdadera que otras verdades formuladas por otros historiadores de la literatura hispanoamericana que incluyan este período –exclusivamente o entre otros períodos– de la producción literaria. Hayden White, como ya dijimos, nos da la razón al afirmar que un hecho histórico requiere de al menos dos versiones para que alguien formule su relato con pretensión de verdadero.

Simultánea y posteriormente las ideas propuestas por el investigador español pueden ser refutadas. Simultáneamente, porque esa es una visión de un “hoy” y un “acá” –desde la perspectiva del enunciante mientras enuncia– que puede discutir con (o ser discutida por) la que “hoy” se formula en otro lugar o con las que se formularon en otro tiempo, en este u otro lugar. Y posteriormente, porque se trata de una visión anterior –desde la misma perspectiva del enunciante, después de haber enunciado– que puede ser discutida por una visión actual, un nuevo “hoy”, ya sea en este lugar u otro. Insistimos en este párrafo, tal como en el párrafo anterior, que el lugar no es solamente físico.

La visión expuesta por Sáinz de Medrano deja de ser actual tras haber operado algunas transformaciones en el objeto que él ha historizado en su texto: la Literatura hispanoamericana. Pero no por eso pierde validez como formulación de discurso histórico. Esta enunciación que fue “actual” y que buscaba, además, dar cuenta de lo que era “actual” mientras se enunciaba, adquiere nuevas posibilidades discursivas como Historia de la Literatura. Derrida advierte:

Un signo escrito comporta una fuerza de ruptura con su contexto, es decir, el conjunto de las presencias que organizan el momento desde su inscripción. Esta fuerza de ruptura no es un predicado accidental, sino la

estructura misma de lo escrito [...] Forman parte de este pretendido contexto real un cierto “presente” de la inscripción, la presencia del escrito en lo que ha escrito, todo el medio ambiente y el horizonte de su experiencia y sobre todo la intención, el querer decir, que animaría en un momento dado su inscripción. Pertenece al signo el ser lisible [legible] con derecho incluso si el momento de su producción se ha perdido irremediablemente e incluso si no sé lo que su pretendido autor-escritor ha querido decir en conciencia y en intención en el momento que ha escrito. (358).

Apoyándonos en lo señalado por Derrida, podemos señalar que entendemos el carácter europeizante de la visión de Sáinz de Medrano, pues ese es el contexto en el que enuncia y su texto ofrece ideas –que ya mencionamos– que actúan en esa dirección. Por tanto, en la posibilidad de que este texto deje de ser actual, podemos identificar una formulación discursiva que circuló en un período específico, y así historizar, a partir de la contrastación, la circulación de discursos históricos que tengan por objeto de conocimiento la Literatura hispanoamericana. El texto de Sáinz de Medrano y su paratexto “actual” sobrevive, pese a que el momento de su enunciación ha caducado. Sobrevive, precisamente, a partir de la posibilidad de seguir dialogando con otras Historias de la Literatura. Sobrevive como un actual caduco que nos muestra, hoy –y nos mostrará mañana–, una representación de un posible estado de la discusión sobre la producción literaria en un momento determinado. Sobrevive para que hoy seamos capaces de negar su visión europeizante, aunque otros, hoy o mañana, intenten también negar nuestra negación.

Bibliografía

Alvarenga Venutolo, Patricia. “Historia y literatura en el futuro próximo: ¿disolución de la historia en la literatura o profundización de un intercambio fructífero entre ambas?”. *Historia ¿ciencia, disciplina social o práctica literaria?* Ed. Ana Paulina Malavassi Aguilar. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2006. 23-33.

Anderson Imbert, Enrique. *Historia de la literatura hispanoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1954.

Aristóteles. *Poética*. Madrid: Gredos, 1992.

Barthes, Roland. “Historia y literatura”. *Sobre Racine*. México, D.F.: Siglo XXI, 1992. 174-194.

Derrida, Jacques. “Firma, acontecimiento y contexto”. *Márgenes de la filosofía*. Trad. Carmen González Marín. Madrid: Cátedra, 1988. 347-372.

Ducrot, Oswald, y Jean Marie Schaeffer. “Tiempo, modo y voz en el relato”. *Nuevo diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Madrid: Arrecife, 1998. 651-666.

Genette, Gérard. *Palimpsestos, la literatura en segundo grado*. Madrid: Taurus, 1989.

Goic, Cedomil. *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*. Barcelona: Crítica, 1988.

González Echeverría, Roberto, y Enrique Pupo-Walker, eds. *Historia de la literatura latinoamericana*. Madrid: Gredos, 2006.

Grinberg Pla, Valeria. “Los géneros literarios como espejos distorsionados”. *Intersecciones y transgresiones: Propuesta para una historiografía literaria en Centroamérica. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – I*. Ed. Werner Mackenbach. Guatemala: F&G Editores, 2008. 101-118.

Leguizamón, Julio. *Historia de la literatura hispanoamericana*. Buenos Aires: Editoriales Reunidas, 1945

Liano, Dante. “Centroamérica cultural/literaria: ¿comarca, región, zona, naciones?”. *Intersecciones y transgresiones: Propuesta para una historiografía literaria en Centroamérica. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – I*. Ed. Werner Mackenbach. Guatemala: F&G Editores, 2008. 51-66.

Mackenbach, Werner. “Introducción”. *Intersecciones y transgresiones: Propuesta para una historiografía literaria en Centroamérica. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – I*. Ed. Werner Mackenbach. Guatemala: F&G Editores, 2008. ix-xxix.

Oviedo, José Miguel. *Historia de la literatura hispanoamericana*. Madrid: Alianza, 1995-2001

Pizarro, Ana. “Delimitación del área”. *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. Ed. Ana Pizarro. México, D.F.: El Colegio de México, 1987. 21-31.

Prampolini, Santiago. *Historia universal de la literatura*. Buenos Aires: Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1940-1941.

Riquer, Martín. *Historia de la literatura universal*. Barcelona: Noguer, 1957-1959.

Sáinz de Medrano, Luis. *Literatura hispanoamericana actual*. Madrid: Magisterio español, 1976.

Van Thiegem, Paul. *Historia de la literatura universal*. Barcelona: Miguel Arimany, 1953.

Von Wilpert, Gero. *Literatura mundial moderna*. Madrid: Gredos, 1977.

White, Hayden. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Buenos Aires: Paidós, 1992.

White, Hayden. *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Barcelona: Paidós Iberoamericana, 2003.